

HISTORIA TROPICAL: A RECONSIDERAR LAS NOCIONES DE ESPACIO, TIEMPO Y CIENCIA

Germán Palacio*

*Geógrafo colombiano, profesor de la Universidad Nacional de Colombia, sede Leticia.

Papers N°74, 2004, revista de sociología publicada por el Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Barcelona, España.

Introducción

En agosto de 2001, la Universidad Nacional de Colombia y Colciencias, en colaboración con el Instituto Colombiano de Antropología e Historia realizaron un seminario internacional de historia ambiental y presentaron ante la comunidad académica un libro sobre historia ambiental de Colombia llamado *Naturaleza en disputa*.¹ Lo que no se conoció públicamente fueron las críticas que previamente recibieron de parte de unos pocos historiadores, que no podían pasarse el trago amargo de admitir que otros académicos no provenientes de la historia profesional, entre ellos un biólogo, un economista, un zootecnista, un veterinario, un salubrista, un abogado y un ingeniero, por citar algunos ejemplos, fueran quienes escribieran “historia” ambiental incursionando en un campo presuntamente vedado para no historiadores. Esta irrupción un poco ilegítima para académicos que defienden fronteras disciplinarias, no debería sorprender en un campo bastante novedoso. De hecho, los historiadores profesionales no habían avanzado mucho al respecto ni en Colombia ni en otros confines. En 1988, por ejemplo, Donald Worster escribió un libro en el que introduce a los lectores anglosajones “al nuevo y rápidamente creciente campo de la historia ambiental”.² En 1993, en *La riqueza de la naturaleza*, Worster escribió que “la llamada de Aldo Leopold por una interpretación ecológica de la historia, tomó casi 40 años para conformarse”.³ La historia ambiental no sólo es un campo joven sino que aún se mantiene en un lugar marginal dentro de la historia como profesión. Sin embargo, en las décadas de 1980 y 1990, la historia ambiental ha llegado a convertirse en un campo de creciente expansión, impulsado por las preocupaciones globales sobre la crisis ambiental.

En el intento de incorporar rigurosamente la interacción entre naturaleza y sociedad dentro del estudio del pasado, el nascente campo de la historia ambiental le propone desafíos epistemológicos a la ortodoxia de los historiadores profesionales. Específicamente, tres tópicos interrelacionados deberían ser redefinidos cuando son aplicados a la historia ambiental. Ellos son: “tiempo”, “espacio” y “ciencia”. Este ensayo empieza por una discusión del tiempo en la historia profesional, a la luz de preocupaciones ambientales. En la medida que los cambios en la naturaleza son verificables en tiempos más largos que la historia militar, social, política, diplomática o económica, la historia ambiental se enmarca en escalas temporales más amplias, proyectándose hacia un pasado que se retrotrae más atrás que la historia escrita tradicional. A su vez, debido a que las preocupaciones ambientales se interrogan por la suerte de las generaciones futuras, la historia ambiental no se refugia en el pasado sino que prefigura visiones hacia el futuro.

En segundo lugar, este documento muestra que la historia profesional más ortodoxa proveniente del siglo XIX cuando en Alemania se empezaron a otorgar doctorados en la disciplina, presentó la acción humana, o bien, diluyendo el espacio, o bien implicándola en un espacio eurocéntrico. En contraste, las preocupaciones ambientales contemporáneas empujan a redefinir los presupuestos espaciales implícitos o explícitos de la historia en una dirección policéntrica antes que eurocéntrica. Me explico: el eurocentrismo debería ser sustituido por una visión que incorpore los trópicos, no sólo como espacios dominados por Europa. Tercero, debido a que los estudios ambientales son parientes cercanos de los desarrollos de las ciencias naturales, los esquemas tradicionales que enfocan las distinciones entre las ciencias naturales y las sociales⁴ deben ser redefinidas. Dada la influencia desde 1970, en la epistemología de la ciencia, de Thomas Kuhn⁵ y de Peter Novick, en la historiografía anglosajona, desde fines de la década de 1980,⁶ este ensayo discute algunos de los argumentos básicos de estos autores. Las conclusiones subrayan los desafíos de una reciente empresa teórica que todavía ha caminado menos de la mitad de un sendero lleno de pantanos,

cruces de caminos, desiertos y selvas epistemológicas, esperando redescubrir los senderos que construyan puentes entre el pasado, el presente y el futuro de las interacciones entre los seres humanos y la naturaleza.

A través de la reconsideración de categorías fundamentales tales como tiempo, espacio y ciencia implícitas en la historia tradicional, este ensayo pretende sacar a la luz importantes retos epistemológicos que propone la historia ambiental a la historia tradicional. Tres conclusiones básicas se pueden extraer de esta revisión conceptual. Primero, al hacer explícitas las conexiones entre pasado y futuro, el historiador o historiadora ambiental hace un ejercicio político. Segundo, al sustituir una visión eurocéntrica en historia, este ensayo postula la necesidad de contribuir a la historia de parte de América Latina y otros confines, haciendo claro el carácter tropical de una región que se extiende desde México hasta buena parte de Brasil y Bolivia. Tercero, por su naturaleza interdisciplinaria que compromete un diálogo permanente entre ciencias naturales y sociales, las fronteras disciplinarias entre historiadores y otros investigadores, sin llegar a diluirse, deben admitir su mutua permeabilidad.

El tiempo en la historia

Si el pasado es el tiempo que convoca las energías académicas de los historiadores, la historia más tradicional es limitada por un período que va hacia atrás hasta las huellas escritas datadas en los orígenes de las antiguas civilizaciones de Oriente. Sólo hasta hace poco, la gente que carecía de registros escritos estaba excluida de esta historia quedando colocados en las áreas de interés de la antropología, la arqueología y otras disciplinas. En general, los pueblos que no dejaron documentos escritos⁷ fueron desterrados del ámbito de la historia tradicional.

Debido a que los historiadores normalmente justifican la importancia de su disciplina por la relevante continuidad entre el pasado y el presente, esta conexión es entendida como parte de un esfuerzo que permite obtener claves para comprender algunas de las características del presente, dando, de esta manera, una justificación o pertinencia social a la disciplina. Aunque no todos los historiadores comparten esta perspectiva, la mayoría de ellos están orgullosos de ofrecer claves explicativas de las sociedades actuales a través del estudio del pasado. Esta visión es generalmente aceptada como una forma de "presentismo" legítimo, en contraste con aquella historia que le impone los moldes y las visiones del presente al pasado que se considera históricamente injustificado. En consecuencia, mi afirmación inicial acerca del pasado histórico en conexión con el presente⁸ debe entenderse en el sentido de que la preocupación contemporánea sobre el medio ambiente jalona investigaciones históricas que no hacían parte de la agenda investigativa de los historiadores. Había que reconocer que una preocupación contemporánea, la crisis ambiental, presiona a los historiadores a escudriñar el pasado de las relaciones entre naturaleza y sociedad.

No obstante, algunos historiadores rechazan la idea de vincular el pasado con el presente. Ellos prefieren asumir que están escribiendo historia como si transcurriera en un continente lejano que no tiene nada que ver con los problemas presentes. La historia, dicen ellos, no enseña nada al presente. Esta posición no continúa siendo tan común, aunque mantiene cierta relevancia. En contraste, es más común encontrar posturas que reconocen relaciones explícitas entre el pasado y el presente. Por ejemplo, la forma como el tiempo es representado dentro de la historia, por lo menos desde la Ilustración, definitivamente vincula no solamente el pasado con el presente sino también el presente con el futuro. Desde el siglo XVIII, el modelo de la Ilustración ha vinculado el presente con el futuro como progreso, mientras refleja el pasado como atraso. El más sofisticado filósofo de la historia heredero de la Ilustración, Friedrich Hegel, esquematiza la trayectoria del tiempo como saltos dialécticos con una dirección progresiva de cambio hacia la realización de la idea, el más elevado estado de la civilización.⁹ Las muy elaboradas versiones marxistas de la historia, herederas de la concepción hegeliana, no solamente rechazan el idealismo sino tienden a esquematizar una dirección ascendente de la historia más sofisticada que el modelo hegeliano, como una espiral que admite algunas reversiones pero enfatiza la dirección general del mejoramiento progresivo.¹⁰

La Ilustración, que es la fuerza central del proyecto moderno, también tiene sus modernos contradictores. Así, por ejemplo, los románticos tienden a ser nostálgicos de un pasado perdido,¹¹ mientras la visión historicista de Ranke define el tiempo en una forma que no se puede hacer predicciones sobre el futuro dejando la puerta abierta a las fuerzas impredecibles de la historia (humana). La visión nitzscheana del tiempo tiende a ser asociada con un eterno

retorno circular, y la perspectiva de Spengler es parabólica en su idea de ascenso y caída de las civilizaciones.¹²

Una mirada más detallada de estos modelos muestra, por un lado, que a pesar de que algunos historiadores pretenden estar preocupados exclusivamente por el estudio del pasado, ellos tienden a conectar implícitamente sus modelos con el presente y con el futuro. Por otro lado, las críticas recientes sobre las perspectivas etnocéntricas en historia relacionadas con el predominio de la historia escrita, el redescubrimiento de fuentes orales como un manantial de información histórica válida y la búsqueda por la historia de los grupos subordinados, han hecho que historiadores y antropólogos e historiadores y arqueólogos estén encontrando que sus fronteras disciplinarias se van hasta cierto punto, diluyendo o, al menos, que sus objetos disciplinarios se están complementando. La historia, a la luz de las preocupaciones ambientales contemporáneas, amplía su perspectiva tanto hacia atrás a un pasado más remoto, como hacia delante rumbo al futuro.

Esta “visión futurista” está íntimamente relacionada con un movimiento activista más amplio orientado a redefinir las relaciones sociales con la naturaleza en esta época de cambio de siglo. Si, a pesar de esta novedad, la historia ambiental está llegando a ser un campo importante de la historia, ello se debe a que está relacionada con preocupaciones prácticas como la destrucción de la vida, la disminución de la capacidad reproductiva de la tierra como una entidad viva, el deterioro de la calidad de la vida humana y así sucesivamente. Por ello, los grupos sociales conscientes de estas preocupaciones están intentando afrontar el presente y el futuro. La imaginación histórica no puede evitar estas conexiones implícitas o explícitas entre pasado, presente y futuro y los historiadores ambientales no se pueden esconder en una coartada escapista, pretendiendo estudiar el pasado de la manera positivista del siglo XIX, simplemente como la narración de lo que “realmente ocurrió”.¹³

Los críticos podrían argumentar, con alguna razón, que toda esta problemática ha sido planteada por diferentes historiadores, filósofos de la historia y, en general, la historiografía. Pueden decir que nada nuevo se está presentando aquí, quizás solamente una creciente importancia o redescubrimiento de asuntos viejos. Sin embargo, hay otra característica abstracta del tiempo que tiene que ver con la conciencia ambiental y que desafía el sentido histórico tradicional. En la medida en que la historia ambiental tiene que ver no solamente con el tiempo de los humanos sino con el tiempo de las interacciones entre los humanos y la naturaleza, hay una especie de desajuste teórico entre estos dos tipos de tiempos. El tiempo de la historia tradicional tiende a ser más corto que el tiempo de la naturaleza. Mientras que la historia política, por ejemplo, cambia con la sustitución de mandatarios o de partidos, la historia del cambio geológico, biológico, climático o paisajístico se mueve en escalas temporales de muy larga duración. Sorprendentemente, desde una perspectiva contemporánea, al principio del siglo XIX, la creencia de que el tiempo era una característica de los humanos pero no de la naturaleza, era muy difundida. El tiempo es, entonces, construido de manera diferente en historia y en otras disciplinas. La historia, en particular, está regularmente en el lado opuesto del sentido tradicional de tiempo de la física mecánica y la astronomía, las cuales tienden a considerar la naturaleza en los siglos XVII, XVIII y en la primera parte del XIX, como una materia inerte.¹⁴ En contraste, algunos pioneros de la historia ambiental, tales como la “escuela de los anales”, han trabajado con un sentido histórico diferente. Su perspectiva de “larga duración” amplía el sentido del tiempo histórico tradicional. En la medida en que trata con problemas geográficos y ambientales, esta escuela piensa en términos de períodos más largos.¹⁵ En este caso, al cruzar la preocupación histórica del tiempo con la geográfica del espacio aquella se redefine, lo cual constituye el segundo tópico que se trabaja en este ensayo; la discusión sobre el espacio.

El espacio en la historia

Eurocentrismo entre los historiadores profesionales del siglo XIX

En este ensayo se argumenta que, a pesar del hecho de que la Historia¹⁶ es un campo temporal por excelencia, implícita o explícitamente trabaja con presupuestos o categorías espaciales. Estas preconcepciones espaciales están enraizadas en asuntos ambientales. Probaré esta afirmación citando los trabajos de dos de los más grandes pensadores de comienzos de la profesión en Alemania, Leopold Von Ranke y Georg Wilhelm Friederich Hegel. Un análisis de su trabajo muestra que la corriente central de la profesión de la Historia en el siglo XIX era, espacialmente, eurocentrista.¹⁷

Hegel (1770-1831) es uno de los más respetados filósofos durante el siglo XIX y el XX pero también es, quizás, el menos original y el ejemplo más simplista del determinismo ambiental.

En su libro *Introducción a la filosofía de la historia*, en la sección el "Excerpt" conocido como "Las bases geográficas de la Historia",¹⁸ Hegel afirma que el espíritu se manifiesta en sí mismo en la gente realmente existente y que "esta existencia cae no solamente en el tiempo sino en el espacio también".¹⁹ De acuerdo con él, los factores naturales excluyen la existencia del espíritu "en las zonas tórridas o en las zonas frías".²⁰ Adiciona después: "El verdadero teatro de la historia es, en consecuencia, la zona templada, o más bien, la zona norte".²¹ Más tarde hace afirmaciones similares y concluye con una sentencia, que se diría "lapidaria": "La historia mundial va del este al oeste y así como Asia es el comienzo de la Historia mundial, Europa es simplemente su fin".²²

Tales prejuicios eurocéntricos se habían difundido en Europa desde los escritos del Barón de Montesquieu en el siglo XVIII y sólo se puede comprender su popularización en el contexto del predominio europeo a escala mundial durante el siglo XIX; ni antes ni después. En El espíritu de las leyes, en el libro XIV,²³ este pensador de la Ilustración escribió que "la gente es más vigorosa en los climas fríos". Añade que allí también tienen "un mayor sentido de superioridad", que contrasta agudamente con los indios (de la India) a quienes los caracterizaba simplemente como gente pusilánime. De hecho, Montesquieu no era original en esta visión. Hipócrates y Tácito creían en la superioridad griega y romana, respectivamente, basándose también en consideraciones ambientales; lo que cambia es la difusión de este pseudo-mito. Así, la idea de la superioridad europea, que emergía como una versión continental europea derivada de Montesquieu y más tarde consolidada en el siglo XIX, tenía una larga línea de ancestros.

De forma un poco menos obvia, sin embargo, Leopold Von Ranke, padre de la Historia profesional moderna es, definitivamente, eurocentrista. Tres de sus ideas básicas tienen implicaciones espaciales. La primera es su argumentación en contra de una perspectiva de la historia centrada en la civilización latina. De acuerdo con Ranke, Europa es una entidad compuesta por elementos tanto de la civilización latina como de la civilización germana. El objetaba las concepciones europeas que interpretaban la Edad Media como un oscuro período histórico que empezó con el declive del Imperio romano después de que fue invadido por los pueblos bárbaros, las tribus del norte. Ranke estaba interesado en estudiar los más importantes estados que, se consideraba, provenían del mundo romano-germánico.²⁴ En su libro, *El ideal de la Historia Universal*, Ranke escribía: "El autor debe mantenerse muy cercano de las naciones racialmente vinculadas, tanto las germánicas como las de descendencia latino-germánica, cuya historia es el centro de la historia moderna".²⁵

Ranke veía su historia universal como un compendio de historias nacionales.²⁶ El y Hegel compartían la idea de que la política era lo definitivo en la historia. Como resultado, la Historia debería tratar sobre estados territoriales. En contraste, la gente sin Estados no podría ser parte del proyecto de la Historia profesional. Esta es la segunda idea de Ranke que tiene implicaciones (espaciales) eurocéntricas ya que se suponía que Europa era la cuna de los Estados-Nación. Desde los académicos alemanes del siglo XIX, la historia académica se ha concentrado en su mayor parte en la construcción de las naciones y del Estado. Tales académicos argumentarían, con buenas razones, que el Estado es una entidad territorial. La historia hunde entonces sus raíces en un sentido común espacial: el espacio del Estado nacional. Esto está relacionado con las disputas sobre el territorio controlado por el Estado; por ejemplo, la movilización de fronteras internas o las divisiones administrativas. El territorio es concebido como una cantidad abstracta, mensurable y susceptible de transferirse por negociación, por medios diplomáticos y por guerras.²⁷ La racionalidad territorial es también la base del imperialismo de los siglos XIX y XX.

Ranke es considerado el mejor abogado y proponente de un riguroso método histórico basado en documentos escritos de fuentes primarias. Quizás sin proponerse, esta es la tercera idea con implicaciones espaciales. La aproximación metodológica de Ranke excluye pueblos analfabetos del escrutinio de la historia tradicional. Los aztecas, mayas, incas y otros pueblos indígenas americanos, por ejemplo, fueron considerados sólo hasta hace poco, cuando la etnohistoria cambió esta perspectiva, parte de lo que regularmente es llamado la "prehistoria", lo cual es normalmente estudiado en departamentos de antropología, etnología o arqueología. Este es también el caso de las gentes de las selvas húmedas o de los de los bosques. Igualmente omite los pueblos "primitivos" no sólo por su concepción de que el teatro de la historia es Europa, sino por las implicaciones metodológicas que se refieren a los documentos escritos.²⁸ Ranke excluye India y China de la Historia porque ellos carecen de un sentido histórico.²⁹ Adicionalmente, un lugar común eurocéntrico durante el siglo XIX y la primera parte

del siglo XX, era que la civilización podía florecer solamente en zonas templadas y no en los trópicos.

Las investigaciones más recientes muestran que Europa era sólo una periferia de la economía-mundo durante el siglo XIV; que el “descubrimiento” de América le permitió empezar a desplazarse hacia la semiperiferia; que desde el siglo XVIII por la penetración en India y durante la segunda parte del siglo XIX en China, pudo desplazarse hacia el centro de la economía-mundo.³⁰ Por ello, el siglo XIX es el lapso de esplendor del eurocentrismo. El resultado de la primera guerra mundial con la destrucción de Europa, sirve para socavar las bases de ese pretendido eurocentrismo.

Dislocación del eurocentrismo del siglo XIX

El ascenso de Estados Unidos de América a comienzos del siglo XX como un poder civilizado tanto como imperial, planteó una tendencia hacia la descentralización de la historia universal tal como era presentada en la versión eurocéntrica. La expansión de Estados Unidos hacia el oeste, sus victorias militares contra México y su anexión de Texas, fueron pruebas del potencial de la joven nación. Más tarde, a fines del siglo XIX, sus victorias contra España y la toma de Hawai y Panamá fueron decisivos para este cambio. El eurocentrismo empezaba a colocarse en aprietos frente a nuevas potencias emergentes. Sin embargo, a pesar de sus logros materiales y militares, como Peter Novick afirma, los americanos fueron todavía en aquella época, “importadores netos de ideas de Europa”. En particular, tomaron prestadas principalmente de los alemanes las ideas acerca de la historia. Una que ha sido discutida por Novick es la idea de objetividad a lo cual volveremos más adelante. Por ahora este ensayo discute otro término que tiene implicaciones ambientales: la idea de civilización.

Un rápido análisis del concepto de civilización durante el siglo XIX ilumina otros aspectos espaciales del eurocentrismo. Para probar esta afirmación me apoyo en ese saber que se ha generalizado con las enciclopedias. Aunque la información que traen no sea de muy buen recibo académico por su superficialidad, ellas fueron al fin y al cabo, un importante legado cultural europeo del siglo XVIII y XIX, que es precisamente la influencia que nos interesa discutir. Aunque el término “civilización” tiene una etimología latina, su uso moderno está vinculado con los escritores franceses de la Ilustración. Esto se afirma en las enciclopedias francesa, americana, española y soviética; la Enciclopedia Británica no traía esta palabra.³¹ Todas las enciclopedias señalan que el término no tiene una clara e inequívoca acepción, aunque existe el consenso de que es una idea opuesta a barbarie. La civilización ha asegurado la superioridad humana en la tierra sobre los otros animales, y los climas con estaciones o las zonas templadas del planeta son consideradas más propicias para la civilización que las zonas tropicales o calientes. Curiosamente, la Enciclopedia Francesa de 1886 dice que el término pierde su utilización después de 1835 y la Enciclopedia Italiana reconoce que tiene connotaciones peyorativas. Varias enciclopedias afirman que tiene una relación con condiciones climáticas o ambientales.³²

A diferencia de la Enciclopedia Británica, la Enciclopedia Americana afirma que los historiadores, antropólogos y otros científicos sociales usan el término civilización. Este término vino a los Estados Unidos desde Alemania y sus orígenes pueden ser rastreados en el estudiante favorito de Kant, Johan Godfried Von Herder, pero con una argumentación en contra del significado francés. La noción de civilización en alemán debe ser usada en plural, en contraste con el uso que se le da en el francés.³³ Hay civilizaciones, entre las cuales se cuenta por ejemplo, la francesa, alemana, hebrea o china. Esta palabra también tiene el significado que trabajó el antropólogo americano Lewis H. Morgan a fines del siglo XIX, como etapas evolutivas de la humanidad desde la fase del salvajismo, pasando al barbarismo y luego a la civilización.³⁴ Esta versión antropológica revitalizó la noción de civilización

En resumen, la idea de civilización es pariente de la idea de progreso por transformaciones lentas y saltos cualitativos, y debe ser usada en plural. Esta contribución alemana permitió que el término incluyera las grandes culturas del hemisferio occidental y oriental diluyendo el francocentrismo cultural. El término estaba presupuestado para ser aplicado a pueblos urbanos y sedentarios. La civilización no era entonces exclusivamente francesa al cambiar el singular del sentido francés por el plural propio del alemán y así también los americanos podía alcanzar un lugar de conformidad con la nueva semántica de la Historia Universal, hecho que más allá de la semántica, lograron a comienzos del siglo XX. El resultado fue ambivalente; los alemanes prefirieron normalmente el término de cultura al de civilización, pero los americanos en el siglo XX tendieron a despreciar las ideas de civilización por su atadura al eurocentrismo. En todos

los casos, los trópicos, lugar no solamente de los bosques sino también de los pueblos cazadores y recolectores, fueron excluidos por mucho tiempo de la historia profesional.³⁵

El desarrollo económico y las victorias militares de los Estados Unidos en el siglo XX, desplazaron el "eje de la historia" hacia el occidente americano y los historiadores norteamericanos alcanzaron así un lugar especial en la profesión de la historia en la medida en que su país que a propósito es un país templado, ganó importancia en el teatro de la historia para utilizar la metáfora alemana. Varios académicos habían predicho tal éxito en el siglo XIX cuando ellos limpiaran sus bosques nativos. Hegel fue uno de estos académicos.³⁶ Otros eventos históricos dieron una patada final al eurocentrismo del siglo XIX. Primero, debido a las victorias japonesas sobre las tropas del Zar a comienzos del siglo XX, el imperialismo europeo encontró nuevos competidores en el este. Segundo, los levantamientos sociales cambiarían drásticamente o, por lo menos, enriquecerían la historia política y social predominante empujando con la Revolución mexicana en 1910 y la Revolución rusa en 1917. Las perspectivas eurocéntricas empezaban a reconocer que el oriente y también el sur eran parte del escenario de la historia. Finalmente otras revoluciones sociales y la descolonización de África, Asia y el Caribe después de la segunda guerra mundial pondría fin al mito del siglo XIX de que el teatro de la historia estaba centrada en Europa occidental.

Los trópicos y la historia

Si bien el pensamiento eurocentrista dudaba que de los trópicos pudiera predicarse historia y civilización o, si la había, era inferior a la europea, como lo probaba la derrota de pueblos enteros de regiones densamente pobladas en México y Guatemala o Ecuador, Perú y Bolivia, ¿en qué consistían los trópicos? ¿Cómo veían los europeos aquello que no eran ellos? ¿Cómo contrastaban sus tierras templadas con las regiones tórridas del planeta? La respuesta fue variada. Primero, desde las versiones de Cristóbal Colón sobre el Caribe, el trópico fue percibido como Edén. Quizás, dice David Arnold, los primeros viajeros provenientes del sur de Europa más exactamente del Mediterráneo, aunque notaban la diferencia, ella no era tan notoria como cuando fueron los franceses, holandeses e ingleses un par de siglos después y percibieron el contraste. En ambos casos, incluso cuando se descubrieron Tahití y las islas del Pacífico, la percepción edénica se reforzó.³⁷ Esta visión se cualificó e influyó no sólo a europeos, sino que además marcó a los patriotas americanos que lucharon por la descolonización, a comienzos del siglo XIX, con la versión de Alexander von Humboldt sobre América. Humboldt articuló una visión cósmica sobre una naturaleza armoniosa e interconectada, tal como se percibe inclusive hoy en día en las visiones ecologistas y neorománticas. La influencia de Humboldt en el pensamiento ambientalista contemporáneo no puede ser sobreestimada. Además de esta visión cósmica de la naturaleza tropical, transmitió una versión complementaria de la naturaleza americana desprovista de población, casi intocada por la mano del ser humano. En sus "paisajes grandiosos pero vacíos apenas si aparecen seres humanos".³⁸

En contraste, nítidamente durante el siglo XIX, con los procesos de colonización de África, del Asia-pacífico tropical así como la expansión del capitalismo neocolonialista, el trópico aparece ante los ojos europeos como una región malsana donde la propagación de miasmas y enfermedades, además de un espacio infestado de bichos, insectos y fieras, ponen en peligro la salud humana. Allí, como lo ilustra *The Heart of Darkness*, en la versión novelada de Joseph Conrad o *La Vorágine*, para el caso amazónico de José Eustasio Rivera, la naturaleza tropical no era un Edén sino un infierno. Arnold ha planteado que hay una intrínseca ambivalencia europea con respecto a los trópicos, que va de la noción edénica a la infernal.³⁹ Se podría agregar que esta ambivalencia sólo se configuró plenamente durante el siglo XIX con el esplendor del eurocentrismo.

Una segunda ambivalencia se desprende del etnocentrismo europeo. En términos generales, el trópico no fue considerado por los europeos sólo por su naturaleza, sino también por la gente que lo poblaba. Una gente a la que le costaba producir elevadas formas de civilización. De un lado, la población nativa fue representada como "nobles salvajes" conviviendo armónicamente con la naturaleza; y aunque esta visión tiene sus raíces remotas en los relatos de Colón, fue el francés Montaigne en su viaje a Brasil quien la inmortalizó. De otro lado, se fijó una visión negativa de la gente trópico en el siglo XIX. Primero, fue en el trópico en donde se consolidó la esclavitud y fueron los ingleses los campeones de la lucha por su abolición durante el siglo XIX. Segundo, la penetración imperialista europea en África y neocolonialista en el Amazonas enfrentó a los europeos y a sus herederos mestizos americanos a la resistencia nativa. Una parte importante del peligro que enfrentó al trópico con la civilización fue el canibalismo.⁴⁰ Tercero, en las regiones en que el trópico es cálido pero no húmedo, se construyó la percepción, en una versión que encaja con el carácter

edénico de la naturaleza, de que la población tenía una existencia fácil premiada por el carácter ubérrimo de la naturaleza, que impedía o desestimulaba la consagración al trabajo. Se trataba de un lugar en que, por necesitarse menos vestido, abrigo y fuego y por salvarse de las penurias del invierno que exigían previsión, cálculo o planeación, había una tendencia a la pereza y a la indolencia. Si la gente del trópico había sido premiada por la naturaleza, era reprochable moralmente. Esta actitud moral tenía un origen ambiental.

La historia del trópico americano se podía contar como un proceso de expansión civilizatorio europeo en dos fases: primero con la invasión de los pueblos ibéricos y luego con la expansión neocolonialista europea del siglo XIX. Sólo el colapso europeo a fines de la primera guerra mundial abrió el espacio para cuestionar el eurocentrismo. Luego, la victoria de Estados Unidos en la segunda guerra mundial, opacaría la importancia de la metáfora de la “civilización” sustituyéndola por la de “desarrollo”. Mientras que la noción de “civilización” implicaba una especie de condena del trópico, la idea del desarrollo convertía al trópico en un nuevo desafío para su aspiración transformadora. El desarrollo podría aplicarse al trópico. Expuesto el problema de la noción del espacio construido bajo la lógica del eurocentrismo, le corresponde el turno a las implicaciones para la Historia de la división entre ciencias naturales y ciencias humanas.

La ciencia dividida entre naturaleza sin tiempo vs. humanos históricos

Wilhelm von Humboldt hermano del famoso Alexander, expresó una idea ampliamente difundida en el siglo XVIII y comienzos del siglo XIX: “La creación del mundo físico tiene lugar en un sólo momento, pero la creación del mundo mental procede gradualmente en el transcurso del tiempo”.⁴¹ Esta separación tajante del mundo en dos campos tiene una racionalidad, cuya raíz se encuentra en la más generalizada distinción entre las ciencias naturales y las ciencias humanas. De una manera simplista, pero para propósitos de clarificación, se puede argumentar que mientras la física trabajaba con una concepción mecánica acerca de la materia inerte regida por leyes naturales, las humanidades trabajan con el tiempo; una categoría que es relacionada con la libertad humana. De esta manera, la historia se convierte en la cara opuesta de la concepción mecánica de la naturaleza. Dentro de este esquema, la naturaleza vista como espacio, se convierte en un concepto abstracto sin historia que puede reducirse a las matemáticas y la geometría. La historia, en cambio, es determinada por la cronología, el libre albedrío y la acción humana.

Este carácter estático de la naturaleza no duró mucho tiempo. Los botánicos y geógrafos europeos del siglo XVIII se interesaron en los trópicos, particularmente estimulados por las posibilidades de encontrar nuevas especies que pudieran ser utilizadas en negocios agrícolas. Esta tarea fue llevada a cabo por profesionales que trabajaban en el campo de la ciencia, lo cual no excluía una cierta conciencia del valor económico de su conocimiento. Normalmente, ellos se interesaron más por la naturaleza que por la gente. Los historiadores, bajo la tradición eurocéntrica, no tuvieron inconveniente en que científicos naturales, etnólogos y otros científicos sociales observaran y escribieran por un lado sobre de la naturaleza tropical y por otro lado, eventualmente, sobre la gente atrasada o primitiva. Todo ello era parte de la agenda imperialista europea del siglo XVIII y XIX.

El campo de la biología, durante la segunda parte del siglo XIX, cualificó el esquema dual del mundo físico por un lado y del mundo histórico por el otro. Fueron aceptados algunos vínculos entre ellos cuando se desarrollaron las teorías evolucionistas sobre la materia viva, anotando que la naturaleza también tenía su propia historia. Ella no empezaba a escribirse por historiadores profesionales sino por botánicos y zoólogos. El evolucionismo darwinista y los desarrollos en la geología colocaron los puentes entre los extremos de la materia inerte y sin tiempo de la física, con el tiempo histórico humano. A pesar de esto, el abismo entre las ciencias naturales y las humanidades no se cerró.

Aunque era posible aceptar la existencia de vínculos entre los dos campos, la biología fue incorporada dentro de las ciencias naturales, manteniendo así el distanciamiento disciplinario entre las ciencias naturales y las ciencias sociales.⁴² No obstante, la biología y las ciencias sociales intercambiaron metáforas sin extraer las conclusiones de este tráfico semántico. De este intercambio se puede destacar, por ejemplo, que la idea de evolución estaba enraizada en el pensamiento de la Ilustración haciendo referencia a la idea de progreso, pero se aplicaba al mundo material y más aún, al avance moral de la humanidad. Así, evolución y progreso tenían connotaciones aplicables a los seres humanos y al resto de seres vivos. Más tarde, el darwinismo social tuvo enorme influencia, al menos en el así llamado mundo occidental, con su defensa de que la sociedad y el Estado debían adecuarse a la deseabilidad de la supervivencia de los más fuertes. Algo similar ocurrió con la idea de territorio, que se volvió especialmente

importante para explicar el comportamiento animal y vegetal, pero que había sido construida en la organización y justificación del poder en los estados absolutistas.⁴³

En vez de construir los puentes entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, el positivismo del siglo XIX se comprometió con una empresa que sólo hasta hace poco ha sido afrentada.⁴⁴ Ese proyecto estaba orientado hacia la incorporación de los métodos de las ciencias naturales en las ciencias sociales, tanto en sus dimensiones cuantitativas como en sus dimensiones empíricas. De esta manera, las ciencias sociales y las humanidades abandonarían sus raíces metafísicas y especulativas ya desacreditadas, y entrarían a ser parte del respetado campo epistemológico de primera clase de las ciencias naturales. Sin embargo, solamente algunas disciplinas adoptarían estos matices positivistas, por lo menos en cierto grado, como es el caso de algunas tendencias en psicología, economía, antropología o sociología. Un importante punto para los historiadores fue la introducción de la estadística en sus análisis. La creencia dominante se fundaba en la idea de que las “leyes” de la sociedad permitirían establecer un balance entre las ciencias naturales y las ciencias sociales; tal vez así el sueño científico positivista podía ser logrado.

Las más importantes teorías críticas tales como el marxismo soviético esquematizaron el problema de una manera similar. Reclamaban que su empresa intelectual era verdaderamente científica, mientras otras teorías continuaban atrapadas en la ideología y la falsa conciencia burguesa. Los esfuerzos soviéticos para competir con el capitalismo reforzaron la empresa científica, aunque no sería justo decir que todos los marxistas compartieron este matiz empírico-criticista.⁴⁵ De hecho, por ejemplo, la teoría crítica del neo-marxismo de Adorno, Horkheimer, Marcuse y, posteriormente, Habermas contribuyeron a una crítica social y política de la ciencia.⁴⁶

Otros campos trataron de llenar los vacíos entre los extremos de la naturaleza mecánica y biológica con la historia humana. Tal es el caso de la antropología ecológica o de la ecología cultural. Julian Stewart entre otros, trató de operar con un esquema teórico basado en el trípode conformado por ecosistemas, tecnología y cultura en el análisis de las sociedades indígenas.⁴⁷ La geografía humana, con Carl Sauer y James Parsons,⁴⁸ relacionó la geografía física con preocupaciones históricas y sociales. En ambos se devela un coqueteo por preocupaciones ambientales más contemporáneas, y por ello, deberían ser leídos a la luz de esta nueva disciplina que todavía está tratando de establecer sus presupuestos teóricos y epistemológicos. Los esfuerzos teóricos en ecología tampoco muestran un cuadro significativamente diferente. En *Fundamentals of Ecology*,⁴⁹ Odum deja para el último capítulo el estudio de los seres humanos en los ecosistemas, sin ofrecer ninguna explicación convincente de lo que el autor llama “aplicaciones a la sociedad humana”. La teoría ecológica y los modelos funcionan muy bien especialmente cuando los científicos no tienen que tratar con los seres humanos. Los desarrollos posteriores luchan por reintegrar ese factor humano en los modelos ecosistémicos.

En resumen, aunque algunas disciplinas y teorías han desarrollado puntos de vista intermedios y modelos entre los extremos de la física y la historia, éstas no han cambiado los presupuestos epistemológicos que dividieron las ciencias sociales de las ciencias naturales. Cuando conceptos tales como el de “evolución” fueron incorporados dentro de la biología, implicaron avances en el campo de las ciencias naturales, a pesar de que no constituyeron una evidencia suficiente para ubicar a las ciencias humanas o sociales dentro del estatus de “científicas” en el sentido de las ciencias naturales. Al contrario, implicó que las disciplinas sociales y humanas se reafirmaran defendiendo una postura epistemológica cualitativa desemejante a las ciencias naturales y, consecuentemente, una fundación teórica diferente.

Este artículo ha planteado que el creciente campo de la historia ambiental plantea problemas explícitos de carácter epistemológico. Teniendo en cuenta que este campo de la historia tiene que lidiar con un nuevo encuentro entre seres humanos y naturaleza, la próxima sección de este ensayo examina la empresa del estatus científico de la historia ambiental. Este es un campo que confronta el reto de hacer historia no solamente de los humanos sino también de las interacciones entre los humanos y la naturaleza.

Historia ambiental: la construcción de su objeto en el contexto de la crisis de la historia objetiva

Aunque es posible remontarse más atrás en el tiempo, el pensamiento de la Ilustración proporciona un buen punto de partida para discutir las características básicas de la empresa científica moderna. La Ilustración concebía el papel del conocimiento como una guía para el avance de la humanidad. El conocimiento liberado de la superstición y comprendido como una

empresa acumulativa, es una característica básica de la ciencia moderna. Desde esta perspectiva, el futuro de progreso sin fin estaba ensamblado con la empresa científica acumulativa. Esta concepción del conocimiento que sigue siendo lugar común, se origina en la idea, de que hay muchos interrogantes a los cuales no le conocemos la respuesta todavía, pero que pueden ser, descifrados, respondidos o explicados en el futuro. En ese sentido, la Ilustración implicaba un arquetipo en el que los seres humanos constantemente mejorarían, con la ayuda secular de un conocimiento que iluminaría la verdad liberándola de la oscuridad, la ignorancia y la superstición. De esta manera, se preveía un futuro que recuperaría el esplendor de los tiempos griegos, expresado en el poder simbólico de un “Prometeo liberado”, sujetando las fuerzas de la naturaleza a la ciencia y a la tecnología.

La Historia como una disciplina autónoma y como una profesión se vinculó a la empresa científica del siglo XIX. Como una doctrina académica especializada, se empezó a distanciar de las narrativas históricas literarias y de la teoría legal, campo en que tuvo origen,⁵⁰ y empezó a construir emulando a la ciencia, un dispositivo metodológico original de objetividad. La construcción de un objeto en cualquier disciplina requiere de la diferenciación de la misma con otros campos. En ese sentido, la figura más prominente de la disciplina histórica en su versión científica fue Leopold Von Ranke.⁵¹ Los documentos escritos y las fuentes primarias principalmente escritas, se convirtieron para el conocimiento del pasado, en dos de las principales preocupaciones de la investigación científica histórica.

La elevación de una ciencia secular como el tipo de conocimiento moderno por excelencia, fue interpretado en el siglo XIX como el conocimiento producido en las ciencias naturales. He mencionado ya dos visiones comunes basadas en la prevalencia del conocimiento en las ciencias naturales. La primera simplemente mira las ciencias humanas y las ciencias sociales como especulación. La segunda, la visión positivista, trata de hacer que las ciencias sociales imiten a las ciencias naturales. Sin embargo, un pensador de la Ilustración alemana fue quien realmente anticipó el problema que conducía el reducir las ciencias humanas a las ciencias naturales y quien proporcionó una respuesta coherente al dilema. Este personaje fue Immanuel Kant, quien con su distinción entre razón pura y práctica, concluyó que era necesario trabajar con una dualidad. En efecto, si la ley de la necesidad debía ser aplicada a las ciencias naturales, la libertad humana debería ser el campo de las humanidades. Para Kant los “impulsos” y la “naturaleza” son la contraparte de lo humano y de la razón.⁵² La división fundamental entre la razón pura y la razón práctica debería admitir una diferencia fundamental entre las ciencias naturales y las humanidades.

Los intelectuales alemanes del siglo XIX distinguieron entre estos dos tipos de ciencias, las cuales fueron constituidas con diferentes métodos pero agrupadas todas ellas como *Wissenschaft*.⁵³ La principal razón detrás de esta división es que en las humanidades o las ciencias sociales la libertad humana, al jugar un papel fundamental, puede modificar la precisión en las predicciones. Los historiadores alemanes compartían esa tradición y por ello, todos hicieron claras distinciones entre las ciencias naturales y la historia. Ser un historiador o un científico social no implicaba, en ningún sentido, tener una posición inferior cuando se era comparado con los científicos de las ciencias naturales. Ambos campos poseían un tipo de conocimiento denominado como *Wissenschaft*, un conocimiento académico que se organizaba bajo principios y reglas rigurosas.

En este punto, Ranke por ejemplo, estaba confiado en la idea de que una estrategia metodológica apropiada podría proporcionar al estudio de la historia respeto científico y precisión.⁵⁴ La historia entonces, debería ser una empresa científica destacada como (aunque no lo mismo) las ciencias naturales.⁵⁵ Ranke innovó en el método científico, desarrollando una estrategia de investigación que no era propia de las ciencias naturales. Como en las ciencias naturales, él creía que el método era la clave para hacer que la historia fuera una ciencia. A pesar de ello, la forma como Ranke construyó la idea de objetividad, no estaba basada en perspectivas empíricas de ensayo y error o en métodos matemáticos que eran más usuales en las ciencias naturales, sino en el manejo riguroso de las fuentes primarias escritas y el manejo de archivos.

Aunque Ranke era un pensador “idealista”, sus planteamientos fueron interpretados de manera empiricista. Peter Novick ilustra este malentendido.⁵⁶ El describe como los historiadores americanos a finales del siglo XIX fueron importadores netos de ideas, en particular del “método científico”. De acuerdo con Novick, los historiadores americanos fueron a Alemania ya que “los alemanes tenían el secreto de la academia, porque de todas maneras era más fácil y barato que Francia o Inglaterra, además porque los alemanes eran rigurosos y arduos en la persecución de los hechos”.⁵⁷ Si las afinidades institucionales, sociales y técnicas juntaron a los académicos americanos con los alemanes, vacíos filosóficos y epistemológicos terminaron distinguiendo la ortodoxia americana de la academia alemana. La diferencia más importante

estaba relacionada con la utilización de la idea de *Winssenschaft* alemana. Esta palabra tenía un significado distintivo que se refiere a una disciplina claramente circunscrita. Sin embargo, su traducción al inglés como “ciencia”, o preferiblemente como “método científico” generó problemas. Los historiadores alemanes reaccionaron contra la sugerencia de que las “ciencias naturales” o el *Naturwinssenschaftlich* podían ser aplicadas dentro del campo de la historia, ya que para ellos era claro que esto no era así.⁵⁸ La tradición histórica anglosajona estaba fundamentada en presupuestos epistemológicos basados en el empirismo de Hume. El pensamiento de Ranke de “escribir la historia como *esencialmente ocurrió*”, fue traducido al inglés como “escribir la historia como *realmente ocurrió*”.

La diferencia entre “esencial” y “real”, y la confusión con la palabra *Objektivitat*, dieron lugar a este malentendido. Ranke era un pensador “idealista” no un empiricista. En ese sentido, él creía que el curso de la historia revelaba el trabajo de Dios.⁵⁹ Mientras los positivistas alemanes atacaron a Ranke por su idealismo, los historiadores anglosajones lo veneraron por lo que él no era: un héroe que encarnaba la ciencia empírica. La epistemología de Ranke fue “naturalizada” dentro de un idioma: el empiricista inglés.⁶⁰ Novick también evidencia como la cultura empiricista derivada de Hume estaba enclavada en el corazón de esta curiosa y nueva interpretación de Ranke en Estados Unidos. En resumen, la profesión de la historia en norteamérica recibió a Ranke con fe en el proyecto científico progresivo, basado éste en la tradición empiricista.

A fines de la década de 1980, la crítica demoledora de Novick a la objetividad histórica en los Estados Unidos generó una crisis de identidad entre los historiadores que todavía creían en el estatus científico de la historia. Esta crítica ocurrió anteriormente también en otras ciencias sociales, bajo la idea de lo que ha sido comúnmente y quizás llamado “posmodernismo”, en el que se podría incluir al mismo Michel Foucault con su tesis no sólo de que la verdad se construye socialmente, sino que es producto de relaciones de poder. En 1990, el sociólogo Turner comenta que el libro de Novick afirma una serie de cosas que son actuales en historia, pero que los sociólogos consideran familiares desde tiempo atrás.⁶¹ Los científicos naturales y otros profesionales de las ciencias aplicadas como médicos e ingenieros, estarían de acuerdo en que dicha disciplina no es una ciencia. Quizás sea esa la razón por la cual la perspectiva de Kuhn sobre las ciencias, fue tan ampliamente aceptada en las ciencias sociales y en la historia. Es típico escuchar profesores de historia utilizando las ideas de Kuhn sobre paradigmas, sin ningún rigor: convirtiendo todo en un paradigma. Si las pretensiones de los historiadores de tener alguna objetividad científica constituye sólo una mercancía para ser vendida en círculos restringidos de algunos profesionales del campo, las críticas a la objetividad en las ciencias naturales tienen en cambio, un impacto mucho mayor en la producción del conocimiento en el mundo contemporáneo. Lo que trataría el conocimiento histórico profesional sería, más que narrar la verdad “objetiva”, producir un saber que tiene unas reglas rigurosas y precisas para establecer lo que se podrían considerar “hechos”.

Las sagradas ciencias naturales asaltadas por la producción social del conocimiento

Thomas Kuhn

Aunque variadas críticas y numerosas cualificaciones de los argumentos de Thomas Kuhn han tenido lugar después de la publicación de *La estructura de las revoluciones científicas*,⁶² este libro provee un importante cambio en la forma como la ciencia es percibida. Kuhn presenta un esquema histórico para explicar cómo las ciencias naturales funcionan y cómo cambian a través del tiempo. De acuerdo con Kuhn, la ciencia está basada en paradigmas que son compartidos por una comunidad científica. Contra la idea común del conocimiento acumulativo y en permanente progreso mencionada anteriormente, él muestra que las ciencias tienden a trabajar con un paradigma. Al comienzo, el permanente predominio de un paradigma es rotulado como ciencia normal y las divergencias son simplemente consideradas como anomalías excepcionales. Cuando el paradigma es incapaz de resolver satisfactoriamente problemas que encuentran los científicos, las anomalías tienden a proliferar. Esta situación de relativa incertidumbre comienza a abrir la posibilidad para una revolución científica. Nuevos paradigmas en competencia tratan de sustituir al antiguo. Pero solamente cuando uno de ellos eventualmente triunfa, es aceptado entonces por la comunidad científica. Un esquema que maneja rupturas cualitativas con respecto al conocimiento previo, cambia la metáfora evolucionista de la Ilustración cualificando la idea del conocimiento acumulativo y progresivo a un conocimiento con saltos cualitativos y cambios de dirección. Kuhn critica la visión lineal acumulativa de la ciencia e incluso, demuele las aspiraciones científicas de un conocimiento

limpio y libre de restricciones sociales. Enfatiza las rupturas y con ellas la validación social del conocimiento científico. Las comunidades científicas sirven para validar un conocimiento que tiende a ser aceptado y entonces un nuevo paradigma reemplaza al viejo.

En la medida misma en que este artículo trata con problemas históricos, mi propósito es mostrar que, a pesar del hecho de que las ciencias sociales pueden ser consideradas *Wissenschaft*, es decir, conocimiento académico sistemático y riguroso, ellas no pueden ser simplemente colapsadas dentro de las ciencias naturales. La mayoría de los historiadores tienden a aplicar la idea de Kuhn sobre los paradigmas de manera acrítica, como si la historia fuera ciencia positiva; una ciencia natural. En realidad, Kuhn no cometió este error. Si bien es cierto que restableció cierta continuidad entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, no afirmó que estas fueran esencialmente lo mismo. En el "Post Script de 1969" a su libro ya mencionado, comentó cómo la reacción favorable a sus ideas en las humanidades, "lo habían extrañado y sorprendido".⁶³ Las ciencias sociales, sostiene, "son diferentes, de manera importante". Una de esas diferencias, corrobora literalmente, es "la ausencia, o mejor debería decir, la relativa escasez de escuelas en competencia que se da en las ciencias naturales".⁶⁴ Este artículo argumenta que las ciencias sociales y las humanidades están basadas en subparadigmas en permanente competencia y no en un paradigma dominante. En este sentido, no existen "ciencias normales" en el campo de las ciencias sociales o ciencias humanas.

Paradigmas, subparadigmas y ciencia norma

Si en gracia de discusión los historiadores trataran de definir un paradigma en historia, se encontrarían siempre poderosas respuestas contra el predominio de una sola de esas perspectivas. Sería ilustrativo hacer el ejercicio con los tres tópicos que hemos tratado en este artículo: tiempo, espacio y ciencia en historia. Primero, la idea del tiempo como una trayectoria progresiva, consolidada en los siglos XVII y XVIII, fue contestada por perspectivas anteriormente expuestas en este documento. Otro rechazo a la idea de la Ilustración, es la idea nostálgica de historia, propia de los románticos, como un pasado perdido. El historicismo, para utilizar la expresión de Meineke, rechaza la idea del tiempo como una trayectoria continua y acumulativa, substituyéndola por la idea del azar, de los eventos o de la casualidad. La historia de los "eventos", por ejemplo, como en el tipo de historia "a-teórica" es controvertida, primero por visiones teleológicas o por nociones estructuralistas y segundo, por perspectivas como la de la larga duración. Además, la historia ambiental como hemos visto, plantea nuevos desafíos al encontrarse con un tiempo dispar entre los seres humanos y la naturaleza. En pocas palabras, no hay un sentido común; no hay un paradigma que hegemonice abrumadoramente el sentido del tiempo en la historia.

Segundo, el que los historiadores europeos del siglo XIX fueran eurocéntricos no hace al conjunto de los historiadores "deterministas geográficos", ni este tipo de reduccionismo se reconoce como el paradigma en que se basa la historia. Los historiadores de los países poscoloniales, incluyendo, en un inicio todos los países americanos y posteriormente asiáticos y africanos, han escrito épicas nacionales sin tener en cuenta el determinismo ambiental. Durante la pos guerra fría también se han encontrado lazos perdidos de una historia global con predominio asiático, que cuestiona el eurocentrismo de la mayor parte de los historiadores europeos del siglo XIX y XX. Las recientes discusiones sobre economía-mundo capitalista tienden a dar el golpe de gracia definitivo al eurocentrismo, mostrando que el período 1400-1800 debe ser considerado sinocéntrico antes que eurocéntrico.⁶⁵

Tercero, la mayor contribución hacia la consolidación de un método científico particular en la historia debe ser atribuido a Ranke en el siglo XIX. Su insistencia en fuentes primarias escritas y su sentido del examen crítico de las fuentes válidas para la verdad histórica, son algunas de sus más importantes contribuciones. Sin embargo, desde el comienzo de la historia profesional en el siglo XIX, otros autores disputaron esta perspectiva de Ranke. Hegel por ejemplo pensaba que los hechos no hablan por sí mismos. Los historiadores de acuerdo con Hegel, tenían que adicionar algo más a los hechos con base en lo que él denomina la filosofía de la historia.⁶⁶ Y como ya ha sido subrayado, los historiadores americanos "rankeanos" transformaron su visión idealista por una visión empirista. Finalmente, la historia no profesional nunca ha desaparecido por completo. De hecho como se mostró al comienzo de este artículo, la historia ambiental en Colombia tiene como pioneros a profesionales provenientes de otras disciplinas.

Es de sentido común decir que Einstein rompió el paradigma "newtoniano" en física; pero nadie haría una metáfora similar en historia.⁶⁷ Bajo esta perspectiva, la historia no es como las ciencias naturales: una "ciencia normal". De allí que Kuhn se haya mostrado sorprendido por la

calurosa acogida a sus ideas en las humanidades. A pesar de que las ideas de Kuhn acerca de los paradigmas sobrepasen ya las cuatro décadas y no dejen de estar “de moda” siendo bien conocidas en las ciencias sociales, su mal uso tiende a colapsar, involuntariamente quizás, las ciencias sociales con las ciencias naturales. Dilthey, Kelsen y otros académicos alemanes, distinguieron los objetivos y las metas en estos dos campos del conocimiento.⁶⁸ De acuerdo con estos autores, se considera que la tarea de las ciencias naturales es “explicar”, mientras que las ciencias sociales deben “comprender”. Sin embargo, como Novick lo prueba, la recepción de estas ideas en la academia norteamericana tendió a colapsar la diferencia entre las dos, e intentando con ello cerrar el vacío entre las ciencias naturales y las sociales, subordinando y asimilando las ciencias sociales a las ciencias naturales bajo una perspectiva positivista.

Es importante señalar que, en lugar de tratar cada modelo o perspectiva diferente como un nuevo paradigma en las ciencias sociales, aquí se postula que las ciencias sociales deberían pensarse en términos de subparadigmas en competencia. Debido a que hay una variedad de escuelas en competencia en las ciencias sociales, sería preferible hablar de subparadigmas antes que de paradigmas. A pesar de lo fuertes que parezcan algunas veces estos subparadigmas, ninguno de ellos es capaz de eliminar a los otros y convertirse en el paradigma de una “ciencia normal”. La “anormalidad” es entonces, la condición natural de la historia como una disciplina. En lugar de reducir lo central de una disciplina como la historia a un solo paradigma, es más convincente pensar en subparadigmas en competencia. La historia está entonces inevitablemente permeada por otras disciplinas. La autonomía de su objeto frecuentemente se diluye. El conocimiento de la historia no se construye en un solo momento, ni se atribuye a un solo autor, ni es considerado como el patrimonio de una sola profesión. Todos los intentos por encajar el conocimiento histórico en un tipo de paradigma, tienden a hacerlo de una forma ilegítima.

En síntesis, la historia ambiental debe ser vista en el contexto de un campo lleno de tensiones, que al final del siglo XX está redefiniendo sus fronteras a partir de una formulación dual no resuelta y heredada del siglo XIX. Una tensión se encuentra en la diferenciación cualitativa entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. Otra es la relacionada con la subordinación peyorativa de las ciencias sociales a las ciencias naturales, heredada de la visión empirista y la tradición positivista. En esta etapa particular de la historia ambiental, tres criterios metodológicos deben ser formulados. Primero, la renovación de la concepción alemana de *Winssenschaft*, de tal manera que las ciencias sociales y las humanidades puedan ser consideradas disciplinas académicas de rango similar a las disciplinas académicas de las ciencias naturales. Segundo, a pesar de su estatus similar, no deben ser colapsados los dos campos sino abiertos a su mutua permeabilidad. Tercero, la historia ambiental es un intento, entre otros, orientado a construir un conocimiento que pueda sentar las bases para eliminar la distancia entre las ciencias naturales y las ciencias sociales.

Conclusión: ¿Historia ambiental desde un punto de vista tropical?

En el mundo de los abogados es común escuchar a los estudiantes de Derecho explicando la razón por la cual decidieron cursar esa carrera. Su respuesta en algunos casos es: porque no me gustaban las matemáticas. En efecto, las matemáticas parece ser el campo de los estudiantes más consagrados en apariencia más inteligentes. Ocasionalmente los estudiantes de las ciencias naturales y de las carreras que privilegian las matemáticas, ven por contraste, a los de ciencias humanas como charlatanes. De manera similar, Alfred Crosby caricaturiza la distancia entre los científicos naturales y los historiadores como una división entre estudiantes “consagrados” de un lado, y “desaplicados” de otro. Añade: “Poco ha ocurrido para disminuir el vacío entre estos dos, de hecho, lo que vemos ahora es un precipicio”.⁶⁹ Dice que, si tuviera que escoger, se inclinaría hacia los aplicados, es decir, hacia los profesionales de las ciencias naturales. Yo no concuerdo con esta apreciación por lo que se verá enseguida. Este artículo ha lidiado con problemas fundamentales que plantea la historia ambiental a la historia en general. Centró la historia ambiental en el intento de hacer historia de la relación entre naturaleza y cultura a través de la crítica a la idea de civilización. Ello llevó a cuestionar los fundamentos epistemológicos de la historia empezando por el problema del tiempo, siguiendo con el problema del espacio y concluyendo con el problema de la ciencia. En estas conclusiones se recogerán los planteamientos elaborados y se postulará la necesidad de hacer historia consciente de los condicionamientos espaciales y ambientales específicos de la historia humana. Por ejemplo: hacer historia ambiental de Colombia implica reconocer el carácter

tropical, pero más específicamente, ecuatorial del espacio en que ella discurre. Empecé con las nociones de tiempo, espacio y ciencia, pero concluyo de manera inversa.

Considerando la idea alemana de *Wissenschaft* como una categoría que involucra tanto las ciencias humanas como las ciencias sociales, este artículo trata de balancear la aparente superioridad epistemológica de las ciencias naturales. Este no es el resultado de mis inclinaciones personales; mi reacción responde a la alternativa propuesta por Crosby. Lo que Crosby sostiene es: “Como historiador yo soy, digamos, un profesional “poco consagrado” y, aunque comparto los criterios estándar de mis colegas, francamente como ser humano yo me inclino hacia los aplicados”. Este artículo toma una posición diferente, no porque se incline hacia los profesionales “desaplicados”, sino porque hay muchas razones para considerar que desde ambos bandos, y no sólo desde la historia, hay malentendidos por aclarar. Las ciencias naturales y no solamente los historiadores, pueden reconocer que Thomas Kuhn, entre otros, probó que la ciencia está atada a mecanismos sociales que controlan el régimen de investigación científica. Desde un punto de vista diferente, Foucault también ha argumentado de una manera contundente, que el conocimiento y particularmente la empresa científica moderna está atada a relaciones de poder. No se trata simplemente de afirmar como en la Ilustración que el saber es poder, sino que el poder genera saber. Es por eso que el conocimiento proveniente de la ciencias naturales y no sólo el de la historia, tiene su dosis de relaciones de poder y subjetividad. En síntesis, se puede decir que la ciencia no está por encima de la sociedad y los intereses humanos, sino que está involucrada en ellos. La concepción de una ciencia que divide a los humanos de la naturaleza debería también ser culpada por el problema que genera un abismo entre la sociedad y la naturaleza, el cual está en la base de la actual crisis ambiental.

La ecología política, la geografía humana, la sociobiología, la ecología humana y la etnobotánica, entre otros, son esfuerzos que, orientados en la dirección de colocar puentes entre naturaleza y cultura, deberían ser sistemáticamente evaluados de manera comparativa. La historia ambiental es parte de esta búsqueda que trata de sentar las bases para establecer puentes que permitan eliminar los vacíos generados durante tres o cuatro siglos de conocimiento en Occidente entre ciencias naturales y humanas. Esta es una carga que hace muy difícil superar estos obstáculos epistemológicos. Una dosis de interdisciplina y porosidad, en lugar de una extrema especialización y endogamia profesional, resulta ser una condición más apta para las transformaciones o revoluciones científicas. Esta afirmación puede ser un buen consejo para una variedad de disciplinas y para los historiadores profesionales en particular; para los historiadores ambientales es indudablemente, un imperativo.

No obstante, la interdisciplina no debe conducir a colapsar las ciencias naturales con las ciencias humanas. Específicamente, este artículo desafió la idea de considerar a la historia una “ciencia normal” y en consecuencia, la idea de que existe un “paradigma” en la historia como disciplina académica. Se argumentó que la historia como otras ciencias sociales está compuesta por permanentes subparadigmas en competencia. Desde el punto de vista de las ciencias naturales, en términos “kuhneanos”, la historia siempre está en crisis. La crisis, por lo tanto, vendría a ser la “normalidad” de la historia. Hoy en día se puede decir que se asiste a un desplazamiento que podría tender a cerrar las distancias entre las ciencias naturales, las ciencias sociales e, inclusive la ficción. Aunque no sea dominante, esta tendencia debe ser cuidadosa, además de bien recibida en la historia ambiental que tiene una apertura transdisciplinaria.

También he argumentado que la historia sin espacio es como un pez sin agua. Una historia aparentemente “sin espacio” está basada en el sentido eurocentrista del espacio y de la civilización. Expresé abiertamente que el determinismo ambiental y el geográfico estaban fundados, entre otros, en las ideas de Montesquieu y en los trabajos de Hegel. La crítica al determinismo geográfico eurocentrista debe estimular el interés por la historia de los trópicos, condenados desde estos enfoques a estar excluidos de la historia por mucho tiempo. Una historia de enfoque no eurocéntrico sino globalista, debe mostrar las interacciones del trópico con la zona templada. Consecuentemente, el interés en escribir acerca del espacio en la historia, tiende a recuperar la importancia de los problemas locales de manera interconectada con los problemas globales, en un concepto que llamo “glocalidad”.⁷⁰

En relación con el tiempo, la historia ambiental debe ser el contexto de la crisis ambiental y del llamado a responsabilizarse por las oportunidades para las generaciones futuras, obliga a los historiadores a ser conscientes de que sus investigaciones y escritos derivan en efectos socio-políticos. Diferentes perspectivas ambientales piensan en el futuro alrededor de las posibilidades que aquí se han mencionado, empezando por los optimistas tecnológicos que

suponen que los avances de la técnica resolverán los problemas ambientales que hoy en día confrontamos, hasta la visión neo-romántica presente en muchas perspectivas preservacionistas, que rechaza la técnica pero no la ciencia y recuerda el pasado como algo perdido. También seguirán escribiendo los que conciben el tiempo en espiral; aquellos que ven el tiempo de manera elíptica como auge y caída de la civilización.

Si se cambiara la idea etnocéntrica de civilización basada en las consideraciones geográficas y ambientales ya discutidas, y se piensa más bien desde un punto de vista tropical, es fácil darse cuenta que la integración del espacio en la historia como una categoría cualitativa, puede producir un ejercicio muy fructífero. ¿Por qué fue tan difícil civilizar los trópicos? para parafrasear a Crosby en su *Imperialismo ecológico*, ¿por qué los trópicos se resisten a su transformación en neo-Europa? Aunque la idea de una historia de las interconexiones, ya sean mediterráneas como en el caso de Braudel, o Atlánticas como en el caso de las interacciones entre Europa, América y África, mejora el panorama restringido de las perspectivas nacionales, hoy en día sigue siendo una visión limitada. Desde el siglo XIX es perfectamente nítido que el Atlántico ya no puede ser considerado aisladamente del Pacífico. La historia ambiental con sus preocupaciones globales tiene que fusionar la historia de las tierras templadas con la historia de las tierras tropicales y así la historia Atlántica debe estar entonces relacionada a la historia del Pacífico. La historia ambiental global junta las tierras y los océanos.

Este sentido “globalista” e interconectado de la historia no excluye las posibilidades de escribir sobre un país. Lo que exige es reconocer y hacer explícito este contexto “globológico”. Por ejemplo, al escribir sobre un país tropical como Colombia hay que reconocer que el trópico fue construido bajo ciertas visiones europeas. Estas visiones de Europa fueron a su vez el resultado de haberse mirado en el espejo del trópico para explicar el problema de su identidad y de la otredad. Europa inventó la tropicalidad pero la tropicalidad contribuyó a construir las ideas de lo que las tierras templadas europeas y americanas no eran. Durante el siglo XIX las visiones del trópico fueron positivas como en el caso de Humboldt, pero a costa de construir una idea de “naturaleza sin gente”. A medida que avanzó el siglo el trópico tuvo una valoración negativa, como insalubridad, opresión o indolencia. Esta visión europea y norteamericana fue débilmente contestada. Quizás donde más se formuló el contraataque fue en la “Escuela tropicalista bahiana” de medicina que apuntaba a probar que el trópico no era insalubre en sí mismo y en los escritos de Gilberto Freire quien consideraba que Brasil era “el Nuevo Mundo de los trópicos”.⁷¹ Pues bien, Colombia es un país tropical, pero además de esa característica que comparte con México o con Perú, es también ecuatorial, lo que introduce nuevas determinaciones ambientales. A la historia ambiental de Colombia le corresponde reconocer esa lucha de imágenes positivas y negativas que surgen de la idea del trópico y otras que hacen parte de sus características ecosistémicas específicas.

Mientras que el poder explicativo espacial de las relaciones y concepciones globales, nacionales y regionales debe ser incorporado a la investigación histórica, el concepto de “civilización” se mantiene cargado de una serie de connotaciones negativas para los países del trópico, de carácter eurocéntrico, racista y antiecológico, que se pueden reformular a la luz de los desarrollos de recientes movimientos ambientalistas, en términos de dos paradojas. La primera es una paradoja ambiental que yo llamaría el redescubrimiento de lo “silvestre en la civilización”. Como el lector habrá notado, en el pensamiento predominante acerca de “civilización”, la etapa más atrasada del desarrollo humano es la etapa del salvajismo. La palabra salvaje viene del latín “silvia” o “selva” (en español y portugués), que significa bosque. Un salvaje es un ser del bosque, estereotípicamente figurado como cazador-recolector. Las actuales preocupaciones ambientales del mundo occidental pos-industrializado, buscan proteger la vida salvaje y los bosques, así sea en contra del parecer de los habitantes del trópico empobrecido. Esta es su nueva misión civilizatoria.

La segunda paradoja es la que denomino la nomadización de la civilización, o la civilización nómada. El proceso de globalización, es decir la reorganización espacial del sistema mundial al final del siglo XX ha creado dos nuevos tipos de nómadas. En el pasado los nómadas fueron considerados bárbaros, es decir, opuestos a la gente sedentaria que era considerada civilizada. Los nuevos dos tipos de nómadas son, primero, aquellos que tienen que moverse alrededor del mundo en busca de negocios comerciales, misiones académicas o diplomáticas e, inclusive, proyectos de desarrollo. El segundo tipo de nómadas es la gente que viene de los trópicos empobrecidos y trata de buscar el norte, escapándose de la persecución política y de las dificultades económicas. Mientras que los primeros son considerados nómadas civilizados, los segundos son “los nuevos bárbaros” que hay que detener en las fronteras.

Para concluir con una nota irónica, en la edad de la civilización globalizada y posmoderna, los “nómadas civilizados” tienen dos complejas y difíciles misiones: primero, proteger los bosques húmedos tropicales y eventualmente a los indígenas representados como integrados armoniosamente a la naturaleza casi indistinguibles de ella. Inclusive, proteger a los bosques si es necesario, contra los indígenas que no se adecuan a esa imagen idílica que los representa como salvajes inmersos en la naturaleza haciendo parte de la biodiversidad, y contra los colonos que para sortear la pobreza están talando el bosque. La segunda, proteger a sus ciudadanos contra los nuevos bárbaros encarnados en pobres y disidentes migrantes provenientes de los trópicos. La misión civilizatoria parece haber entrado entonces en una nueva etapa a fin del siglo XX. Como consecuencia, la historia ambiental tiene que narrar, no solamente el pasado que los humanos podrían recuperar, sino también el futuro que se prevé como una lucha que eventualmente cambie la trayectoria de la historia que los “nómadas civilizados” están construyendo en el presente como autoproclamados defensores del bosque húmedo tropical. Por tal razón, una de las misiones de la historia ambiental es narrar el pasado del trópico afirmando positivamente su identidad, desprovisto de las presunciones peyorativas que el eurocentrismo, dominante durante el siglo XIX y sobreviviente durante el siglo XX, se dedicó a propagar.

Notas

1. Palacios, Germán, *Naturaleza en disputa. Ensayos de historia ambiental de Colombia*, Universidad Nacional de Colombia- Colciencias- Icanh, Bogotá, 2001.
2. Worster, Donald, *The Ends of the Earth*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, pp.vii.
3. Worster, Donald, *The Wealth of Nature*, Oxford University Press, Nueva York, 1993, pp. 45.
4. Soy consciente de las diferencias epistemológicas entre ciencias sociales y humanidades. La historia contiene ese doble carácter. Sin embargo, para los propósitos de este ensayo en el cual se intentan contrastar ambas con las ciencias naturales, voy a obviar estas importantes diferencias con otras intenciones.
5. Kuhn, Thomas, *The Structure of Scientific Revolutions*, Third Edition, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1996.
6. Novick, Peter. *That Noble Dream. The “Objectivity Question” and the American Historical Profession*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.
7. El resurgimiento de la historia oral está ayudando a llenar el vacío en la historia de los subalternos. Véase Perks, Robert y Alistair (ed). *The Oral History Reader*. Routledge, Londres y Nueva York. 1988. La búsqueda por otras fuentes de información no convencionales, ayudará a romper la limitación temporal que ofrecen los registros escritos.
8. Sólo para mencionar un ejemplo, Foucault escribió: “Me gustaría escribir la historia de esta prisión, con todas las políticas de inversión del cuerpo que se mantienen juntas en esta cerrada arquitectura. ¿Por qué? ¿Simplemente porque estoy interesado en el pasado? No, si por esto se quiere decir que se está escribiendo sobre el pasado en términos del presente. Sí, si uno quiere decir que está escribiendo sobre el presente”. Véase Foucault, Michel. *Discipline and Punish. The Birth of the Prison*, Vintage Books, Nueva York, 1995, pp. 31. (traducción personal).
9. Véase Hegel, G.W.F. *Introduction to The Philosophy of History*. Hackett Publishing Company. Indianápolis-Cambridge, 1988.
10. También se puede argüir que la idea de un comunismo primitivo y una sociedad comunista que sucederán al capitalismo es una idea romántica que considera el progreso reversible. Véase Marx, Karl y Engels, Frederick. *The Communist Manifesto*. Appleton., Nueva York, 1955.
11. Esta perspectiva es ampliamente compartida por los activistas ambientalistas militantes y los historiadores. Por ejemplo, Merchant sostiene que: “El pasado americano y colonial que hemos perdido, de muchas maneras disfrutaba de una relación más vital con la naturaleza”. Véase Merchant, Carolyne. *Ecological Revolutions. Nature, Gender and Science in New England*. University of North Carolina Press. Chapel Hill y Londres, 1989, pp. xiii.
12. Spengler, Oswald, “The Decline of the West”, en Ronald Nash (ed.) *Ideas of History*, Vol. 1, Clark, Irwin and Company. Toronto y Vancouver, 1969.
13. Véase Krieger, Leonard. *Ranke: The Meaning of History*. University of Chicago Press. 1977; Iggers, Georg. *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Ed. University Press of New England, Hanover, New Hampshire, 1983.
14. Merchant, Carolyne, *Radical Ecology. The Search for a Livable World*, Routledge., Nueva York, 1992.
15. Véase Burke, Peter. *The French Historical Revolution: The Annals School*. Stanford University Press, Stanford, 1990.
16. En este ensayo utilizo Historia, en letras capitales, refiriéndome a la historia profesional que se inició con los programas de Ph.D en Alemania, durante el siglo XIX.
17. Muchos de los comentarios de este aparte, se centran en el siglo XIX, período en el que se consolidó la historia como profesión. Sin embargo, algunas veces se utiliza el pensamiento de la Ilustración del siglo XVIII como los antecedentes más prominente.
18. Hegel, op. cit., 1988.
19. *Ibid.*, pp. 83.
20. *Ibid.*, pp. 84.
21. *Ibid.*, pp. 84.
22. *Ibid.*, pp. 92.
23. Baron de Montesquieu, “On Laws in Relation to the Nature the Climate”, en: *The Spirit of the Laws*, Hartford Publishing Company, Nueva York. Traducido por Thomas Nugent, 1949, pp. 224
24. Citado por IGGERS, op. cit., 1983, pp. 56.
25. *Idem.*
26. *Idem.*

27. Taylor, Peter, *Geografía política. Economía-mundo, Estado-Nación y localidad*. Trama, Madrid, 1989.
28. Krieger, op. cit., 1977, pp. 334.
29. Idem.
30. Véase Frank, André Gunther, *Reorient. Global Economy and the Asian Age*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, Londres, 1998.
31. Es posible que nuevas ediciones de la Enciclopedia Británica incluyan esta palabra, particularmente porque es una palabra común en arqueología y en historia.
32. *La Grande Encyclopedie*, 1886, Lamirault, H et C., Ed. Paris, *Enciclopedia Universal Ilustrada*, 1908, Espasa-Calpa, Madrid, *Enciclopedia Italiana de Scienze, Lettere, et Arti*. 1949, Instituto Della Enciclopedia Italiana, Roma, Great Soviet Enciclopedia, 1973. Translation of the third Ed. Mac Millan Inc. New York, Enciclopedia Americana (Int. Ed.). 1995, Grolier Inc. Danbury, Connecticut.
33. Estoy de acuerdo en que el uso alemán se mantiene en la primera parte del siglo XIX, en preferencia el término Kulture. Esto no cambia mi argumento sobre la recepción americana de la palabra. Norbert Elias sostiene que, a causa de la pelea entre franceses y británicos en la primera guerra en nombre de la civilización, la palabra mantiene problemas connotativos para los alemanes. Véase Elias, Norbert. *The Civilizing Process*, Urizen Books, N. York. 1978.
34. Esta palabra tiene también otras connotaciones como la de decaimiento de Spengler, o como en Norbert Elias, como las maneras cortesanas del buen comportamiento. Sin embargo, estos significados sobrepasan el interés de la palabra para este ensayo.
35. Ha sido argüido que a pesar de que "Las conexiones entre espacio y tiempo han atraído intensos intereses académicos en años recientes, hasta ahora ningún libro ha sido dirigido hacia Africa". Véase "Book Abstract of Space", en: *Time and Culture The Relationship of the Material, the Social and the Perceptual in African Regions*, ed. por Howard, Allen and Shain, Richard, en imprenta.
36. Hegel, op. cit., 1988, pp. 85-89.
37. Arnold, David, *La naturaleza como problema histórico. El medio, la cultura y la expansión de Europa*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000, pp. 131-133.
38. *Ibid.*, pp. 135.
39. *Ibid.*, pp. 141.
40. Taussig, Michael, *Shamanism, Colonialism, and the Wild Man. A Study in Terror and Healing*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1987.
41. Extractado de fuentes primarias de los documentos recogidos en Saltzer, Rod (ed). *German Essays in History*, 1991, pp. 50.
42. Merchant, op. cit., 1992. Ella sostiene que la imagen de la Madre Tierra fue sustituida por una visión del mundo que observa la naturaleza no como un organismo, sino como una máquina muerta, inerte y no susceptible a la acción humana, pp. 45-46. La discusión de género, normalmente se encuentra atrapada en este dualismo de biología vs cultura implicando una forma fija de identidad, que en realidad es móvil e interactiva.
43. Palacio, Germán, "Territorio: notas teóricas y aproximación a la historia de Colombia". Primavera, 1999.
44. Véase el trabajo de los dos reconocidos científicos europeos: el británico Lovelock, James, *Las edades de Gaia*, Tusquets, Barcelona, 1993, y el francés, Serres, Michel, *El contrato natural*, Pretextos, Barcelona, 1990.
45. Lenin, Vladimir I., *Materialism and Empirio-Criticism*, International Publishers, Nueva York, 1927, Althusser, Louis y Etienne Balibar, Reading Capital, NLB, Londres, 1977.
46. Véase por ejemplo: Adorno, Theodor, *Crítica cultural y sociedad*, Ed. Ariel. Barcelona, 1969; Horkheimer, Mas, *Critical Theory. Selected Essays*. Herder and Herder, N. York, 1972; Marcuse, Herbert, *El hombre unidimensional. Ensayos sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Seix Barral, Barcelona, 1969.
47. Stewart, Julian, *Area Research. Theory and Practice*, Social Research Council., N. York, 1950.
48. Kenzer, Martin (ed.) y Carl Sauer, *A Tribute*, Oregon University Press, Corvallis, 1987. Véase también Parsons, James. *Antioqueño Colonization in Western Colombia*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1968; Denevan, William (ed.), *Hispanic Lands and Peoples. Selected Writings of James Parsons*, Westview Press, Boulder, Londres, San Francisco, 1989.
49. Odum, Eugene en colaboración con Odum, Howard, *Fundamentals of Ecology*, 2a ed., WB Saunders Company, Philadelphia y Londres, 1948.
50. Ranke encontró más interesante el estudio de los documentos diplomáticos que las lecturas "primigenias" de Walter Scott. Sus esfuerzos por consolidar la Historia como una disciplina científica, se dividiría en diferentes líneas con la historia legal de F. Carl Von Savigny.
51. En primer lugar, Ranke consideraba que cada época y cualquier evento eran únicos. Sostenía, además, que no era posible pensar en avances en términos morales, aunque el progreso material fuera posible. Si los eventos estaban condicionados los unos por los otros, no era necesario que estos estuvieran conectados por una necesidad absoluta. Esta perspectiva claramente confronta el pensamiento de la Ilustración, no porque no acepte el progreso, sino porque rechaza la posibilidad de entrever una única trayectoria de la historia. El sentido de continuidad, propia de la ideología de la Ilustración, se ve controvertido por el sentido de la discontinuidad de Ranke, quien consideraba que las épocas eran, más bien, periodos discretos.
52. Estas distinciones son claras en KANT, Immanuel. *The Critique of Practical Reason*, Nueva York. 1956. Véase también, Gotfried, Hoffe. *Immanuel Kant*, State University of New York, Albany, 1994, pp. 140.
53. Véase Novik, op. cit., 1988, pp. 24, 25.
54. Iggers, op. cit., 1983, pp. 63.
55. Krieger establece los cuatro rasgos básicos de la empresa científica en historia de Ranke. Estos son: a) Objetividad; b) Hechos; c) Lo único; d) La centralidad en la política. Véase Krieger, op. cit., 1977, pp. 4.
56. Novik, op. cit., 1988.
57. *Ibid.*, pp. 22.
58. *Ibid.*, pp. 24.
59. Idem.
60. *Ibid.*, pp. 27, Turner, Stephen, *American Journal of Sociology*, vol. 95, N° 2, sept. 1989, pp. 531.
61. Idem.
62. Kuhn, op. cit., 1996.
63. *Ibid.*, pp. 208.
64. *Ibid.*, pp. 209.

65. En recientes perspectivas sobre Oriente, hay dos visiones opuestas. Una es representada por Said, Edward. *Orientalism*, Vintage Books, New York, 1979. La otra se basa en lo escrito por Gunder Frank, André, *Re-Orient. Global Economy in the Asian Age*. University of California Press, Berkeley, Los Angeles, London, 1998. Mientras que el primero sostiene que "Oriente" es una creación occidental, el segundo considera que "Oriente" ha sido dominante desde la edad Moderna, con excepción de la segunda parte del siglo XIX y la primera parte del siglo XX. Mientras que el primero sostiene que el "orientalismo" es una construcción cultural, el segundo considera que objetivamente, desde una perspectiva global no eurocéntrica, "Oriente" ha sido dominante históricamente.
66. Hegel, op. cit., 1988.
67. Véase: Dilthey, Wilhelm, "Idealism", in: *Ideas of History*, Ronald Nash (ed.), vol. II, Clark Irwing & Company, Toronto y Vancouver, 1969. Ver también al gran sociólogo y teórico legal Kelsen, Hans, *Perspectives in Social Inquiry. Society and Nature*, Arno Press, Nueva York, 1974.
68. Ha sido establecido que la física y otras disciplinas experimentales trabajan con sistemas cerrados. Al contrario, las ciencias sociales tienden a trabajar con sistemas abiertos. Esta diferencia debe ser tomada en cuenta, al definir un paradigma para disciplinas cualitativamente diferentes. Este caso también se presenta en los problemas ambientales, cuando éstos son entendidos como la intersección entre ciencias naturales y ciencias sociales.
69. Crosby, Alfred, *Germes, Seeds and Animals. Studies in Ecological History*, M.E. Sharpe. Armonk, N. York, 1994.
70. Palacio, Germán, "Glocalizaciones, conflicto ambiental y derecho" en: *Globalizaciones, Estado y narcotráfico*, Universidad Nacional de Colombia, UNIJUS, IDLCG, Bogotá, 1998.
71. Arnold, op. cit., 2000, pp. 147.